

El capitán, sin decir nada, saludó al llegar allí ceremoniosamente á Sanchez Coello y se fué llevándose los soldados y cerrando tras sí la puerta.

El pintor se quedó solo.

En aquella estraña é incomprensible situacion, demasiado se comprenderán todas las ideas que resbalaron por su frente, todas las inquietudes que envenenaron su corazon.

Un cuarto de hora despues de hallarse allí, vió abrirse una puerta del lado izquierdo del altar y aparecer varios hombres, cortesanos á juzgar por su opulento traje, que fueron silenciosamente á agruparse en un ángulo. En seguida por la puerta de la sacristía aparecieron varios sacerdotes llevando en medio, vestido con sus insignias sacerdotales, á uno al parecer prelado ó cualquier otra dignidad de la Iglesia, el cual fué á colocarse ante el altar como si esperara á alguien para comenzar una ceremonia.

Todo aquello era inesplicable para Sanchez Coello y no podia comprender que iba á hacer allí toda aquella gente. Se perdia en conjeturas y se torturaba la imaginacion en cavilaciones.

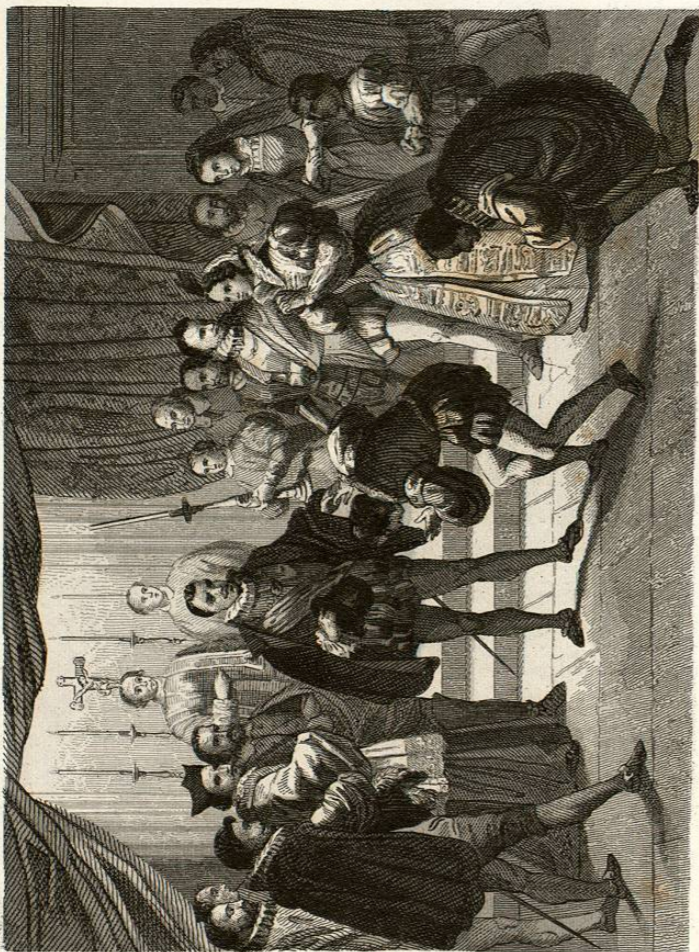
Por fin, el artista vió abrirse la puerta de la derecha del altar y salir por ella, primero un número considerable de pajes con las armas reales bordadas en el pecho, despues varios guardias de honor, luego una comitiva compuesta de grandes señores y grandes damas, y últimamente.... últimamente—era sueño ó realidad?—á Catalina de Souza, radiante de belleza y deslumbrante de galas seguida de su padre y dando la mano.... á quién? á un hombre rigurosamente vestido de negro, de rostro severo, de apagada mirada, que no era otro que el transeunte, el desconocido del retrato.

Sanchez Coello estuvo á punto de lanzar un grito como si se volviera loco. Efectivamente, hubo un momento de terrible crisis para su pobre cabeza. No comprendia nada y sin embargo creía comprenderlo todo. Estático, atónito, volvía sus miradas tan pronto á Catalina que le sonreía, como al viejo Souza que le saludaba amistosamente, como al desconocido que ofrecia á sus ojos el rostro que tan perfectamente habia dos dias antes trasladado al lienzo.

El del traje negro soltó la mano de Catalina á quien dejó junto al altar y al prelado, y se dirigió hácia el jóven á quien dijo gravemente:

—Promesa de artista es palabra de rey. Has faltado al monarca, Alonso Sanchez Coello, mi pintor de cámara, pero has cumplido con el desconocido pagándole tu oferta y tu deuda de gratitud. Cumpliendo con él has cumplido tambien con el rey. Por ello es que este te concede la mano de





*O, pido, Señor, vuestra real mano para besarla.*

Catalina de Souza que querias pedirle, y el desconocido se le presenta y te dice: Promesa de artista es palabra de rey: te he ofrecido otorgarte una gracia: qué me pides?

—Oh! — exclamó Alonso cayendo de rodillas en el colmo de la felicidad y de la ventura. — os pido, Señor, vuestra real mano para besarla y vuestra amistad eterna.

—El desconocido hace mas aun; — le contestó Felipe; — hace que el monarca te abra sus brazos.

Y el rey levantó al artista del suelo y le abrazó delante de toda su corte, conduciéndole al altar donde le aguardaba la bella Catalina.

Como se ve, el desconocido no era otro que Felipe II, que Felipe II el cual, en Bruselas, segun opinion generalmente admitida entre sus biógrafos, no gozaba de otra distraccion que la de pasear durante la noche las calles en busca de aventuras, segun se dice, con algunos guardias de confianza que velaban sobre el camino y no le perdian de vista. El rey, vestido á la manera de un labrador del pueblo, y embozado en su larga capa, fuese por las calles mas desiertas, parábase á escuchar en las puertas, procuraba escurrirse por las rendijas de los postigos, y de este modo sorprendia muchas veces los secretos de las familias, de los cuales se servia casi siempre para poner en cuidado á intrigar á las personas á quienes pertenecian é interesaban aquellos, pero en raras ocasiones hacia mal uso de ellos, contentándose con dar un mal rato á las pobres gentes. Luego que tenia necesidad de remedio, disponia comunmente el desenlace con algun otro auxilio que realizaba el dicho *Deus ex machina*.

Así sucedió con la escritura de Alonso Sanchez Coello.

Ahora si el lector se ha interesado este jóven lo bastante para querer informarse de su vida futura y de lo que le acaóció despues de su casamiento, saberá que vivió muy feliz, envidiado de todos, y siempre muy querido del rey que le escribia á menudo de su propio puño y letra, no olvidándose jamás de poner en el sobre: *Al muy amado hijo Alonso Sanchez Coello*.

Felipe le dió por alojamiento habitaciones espaciosas, todas ellas próximas al palacio, y le iba á ver muy á menudo pasando largos ratos hablando familiarmente con él. Coello sirvió al rey en muchas ocasiones, le hizo varios retratos y contribuyó á embellecer con sus obras el Escorial, segun hemos visto.





*El príncipe con su corte real en un momento de su vida.*

Catalina de Souza que querias pedirle, y el desconocido se te presenta y te dice: Promesa de artista es palabra de rey: te he ofrecido otorgarte una gracia: qué me pides?

—Oh! — exclamó Alonso cayendo de rodillas en el colmo de la felicidad y de la ventura, — os pido, Señor, vuestra real mano para besarla y vuestra amistad eterna.

—El desconocido hace mas aun, — le contestó Felipe; — hace que el monarca te abra sus brazos.

Y el rey levantó al artista del suelo y le abrazó delante de toda su corte, conduciéndole al altar donde le aguardaba la bella Catalina.

Como se ve, el desconocido no era otro que Felipe II, que Felipe II el cual, en Bruselas, segun opinion generalmente admitida entre sus biógrafos, no gozaba de otra distracción que de recorrer durante la noche las calles en busca de aventuras, seguido de dos ó tres celosos guardias de confianza que velaban sobre él desde lejos y no le perdian de vista. El rey, vestido á la usanza de un hombre del pueblo, y embozado en su larga capa, íbase por los barrios mas desiertos, parábase á escuchar en las puertas, procuraba escudriñar por las rendijas de los postigos, y de este modo sorprendia muchas veces los secretos de las familias, de los cuales se servia casi siempre para poner en cuidado é intrigar á las personas á quienes pertenecian é interesaban aquellos, pero en raras ocasiones hacia mal uso de ellos, contentándose solo con dar un mal rato á las pobres gentes. Luego que tenia arreglada su comedia, disponia comunmente el desenlace con algun acto de munificencia que realizaba el dicho *Deus ex machina*.

Así sucedió con la aventura de Alonso Sanchez Coello.

Ahora, si al lector le ha interesado este jóven lo bastante para querer informarse de su suerte futura y de lo que le acaeció despues de su casamiento, saber debe que vivió muy feliz, envidiado de todos, y siempre muy estimado del rey que le escribia á menudo de su propio puño y letra, no olvidándose jamás de poner en el sobre: *Al muy amado hijo Alonso Sanchez Coello*.

Felipe le dió por alojamiento habitaciones espaciosas, todas ellas próximas al palacio, y le iba á ver muy á menudo pasando largos ratos hablando familiarmente con él. Coello sirvió al rey en muchas ocasiones, le hizo varios retratos y contribuyó á embellecer con sus obras el Escorial, segun hemos visto.



Llegó á ser el pintor mas famoso de su tiempo y ganó mas de 55,000 ducados; jamás faltó en su mesa un grande de España y su casa se vió frecuentada por los principales señores de la corte.

Hora es ya de que pasemos á la otra historia que es como el reverso de la medalla de esta que acabamos de contar.

## EL BRAZALETE DE PERLAS.

### I.

#### UNA VISITA Á DESHORA.

Con la facultad que tiene todo escritor de poder destapar, como el diablo cojuelo, los techos de las casas para que sus lectores logren formarse una idea exacta y completa del lugar de la escena y de los personajes que deben entrar en la accion, empezaremos por quitar de un soplo el tejado de un solitario pabellon situado no lejos del cuerpo principal de palacio, en los frondosos y pintorescos jardines del Pardo.

Una sala octógana se presentará á nuestra vista, sala adornada con un lujo verdaderamente deslumbrador. Vense tapizadas las paredes de seda azul celeste sembrada de estrellas de plata bordadas; graciosos pabellones de gasa blanca que se parecen á grupos de apiñadas nubes cuelgan ante todas las aberturas; un hermoso fresco de asunto mitológico adorna el techo, y muelles y blandas alfombras que ensordecen los pasos tienden por el suelo sus tiras y sus caprichos de colores. Los muebles están en armonía con este lujo; una mesa de tocador ve á dos ánjeles de bronce dorado sostener airoso encima de ella un ovalado y pulido espejo, y corre al rededor de la estancia una fila de holgados sillones color de grana, que se divide al llegar á un dormitorio indicado por dos columnas de jaspe entre las cuales ondu- la un cortinaje azul de anchos pliegues con su franja de plata.

Cualquiera hubiera creído á primera vista que era esta coqueta estancia el gabinete de una hermosa dama, pero no hubiera tardado en volver de su error al ver tirados y esparcidos con descuido por los asientos varios ricos trajes de hombre, al ver tambien encima una mesa dorada que se levantaba en medio de la sala un sombrerito con gallardas plumas al lado de una linda espada de corte, y al ver sobre todo junto á dicha mesa, á un hombre que, holgadamente sentado en un sillón, y en traje de casa, tenia la cabeza hundida entre las palmas de las manos con las cuales se rascaba de cuando en cuando la cabeza ó se daba golpes en la frente, como si se inquietára por una idea tarda en concebir ó por una combinacion que se le negaba á corresponder á sus deseos.

La brisa nocturna que penetraba por una ventana entreabierta iba á refrescar la frente de este hombre que aun mostraba hallarse en todo el vigor de la juventud, pues lucian sus fuegos en su rostro y ojos. En el momento en que le sorprendemos sentado á la mesa de su gabinete y ante un papel con algunas líneas escritas, aquejábale una estraña preocupacion y murmuraba palabras inconexas que pocos hubieran acertado á comprender.

— Hiel.... — decia meditabundo, — dosel,..... laurel,.... maldito conso- nante! A que no acierto á salir del atolladero en que estoy metido?... fiel.... él,... aquel,... papel,... piel... cordel,.... joyel,... nada de esto me sirve. Maldito quien me ha metido á hacer versos! Yo no se mas que galantear en prosa.

Y rechazó con gesto airado el papel en que tenia fijos los ojos. Sin embargo, á los pocos momentos volvió á recojerle y sumergiósese de nuevo en su cavilosa meditacion. Tan absorto estaba, que no oyó un ruido cercano que sonó en los jardines como de presurosas pisadas de varios hombres, ruido que permitió claramente distinguir el silencio sepulcral de la noche. Algunos de los pasos pararon al pié de la ventana del pabellon, removiósese en seguida con violentas sacudidas un árbol que junto á esta ventana desple- gaba sus frondosas ramas y, á estar el habitante del pabellon menos ensimis- mado, hubiera podido ver asomar una cabeza á flor de la abertura. A poco, un hombre hacia violentos esfuerzos para alcanzar el antepecho, con- seguíalo al fin y empujando los postigos entrabiertos saltaba en el inte- rior de la estancia cerrando tras si la ventana y asegurándola.

Al rumor, el pensativo huesped del aposento levantó la cabeza y vien- do frente de él á un desconocido que se recataba el rostro con el ferrerue- lo, cojió la espada que habia encima de la mesa y la desnudó con preci- pitation, levantándose para dirigirse hácia aquel estraño personaje.